Clarisa y el sótano de papel

Colección Planeta Azul

© Del texto: Fabián Sevilla, 2017
© De las ilustraciones:
Marcos Pezzani, 2017

Diseño de colección:
María de los Ángeles Vargas T.
Diagramación:
Ricardo Alarcón Klaussen

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2018
Av. Andrés Bello 2115, Piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.
www.planetalector.cl
www.planetadelibros.cl

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

Primera edición en Chile | diciembre 2018
ISBN | 978-956-9962-56-1

Impreso en Chile / Printed in Chile

El libro original protege el trabajo del autor, diseñador y del equipo editorial. Comprar el original es respetar ese trabajo. No fomentes el delito de la piratería.

Clarisa y el sótano de papel

FABIÁN SEVILLA

Ilustraciones de Marcos Pezzani

Planetalector
Literatura Infantil y Juvenil

1

El último suspiro del bosque

El amanecer trajo un horizonte de camio-nes y operarios.

Los togamogas los presintieron. Les te-mieron, pero también se prepararon para lo inminente.

El bosque milenario se sacudió con el ru-gido de las sierras eléctricas. Y el ejército de operarios avanzó.

Tenían dientes de tiburones las sierras, de tiburones de acero.

Los togamogas se defendieron como sabían. Extendieron, desplegaron, arquearon sus ra-mas para golpear aquí y allá, aquí, allá, acullá a quienes los arremetían.

Luchaban con ferocidad. Pero aunque má-gicos y gigantescos, eran árboles. No habían

nacido para ser guerreros; tampoco podían es-quivar las dentelladas de las mortíferas sierras o escapar en retirada.

En medio del caos del combate, a uno de los árboles se le ocurrió una estrategia.

El togamoga liberó tres semillas.

Volaron desperdigadas y cayeron huérfanas, vulnerables en el campo de batalla.

Los pájaros que anidaban en las ramas de los togamogas intentaron ayudarlos. Se ele-varon y se arrojaron en picada. Aun así rebo-taban inútilmente en los cascos de los atacantes y sus picos nada pudieron hacer contra los gruesos guantes.

Las sierras tajeaban sin piedad la base de los gruesos, nudosísimos troncos. Los togamogas lanzaban alaridos de dolor y lloraban su sabia maravillosa. Una sabia que chorreaba como sangre y que, de a poco, se fue secando para siempre sobre la hojarasca que alfombraba el suelo.

Unos tras otros los colosales, antiquísimos árboles fueron cayendo víctimas de la des-

igual contienda. Las sierras doblegaban con rapidez y facilidad lo que no habían podido vencer huracanes, sequías, nevadas, siglos.

Mientras se derrumbaban, cantaban.

Hər şey ölmək var
hər kəs bir məqsəd var...

Los árboles mágicos mueren cantando.

Məni narahat etməyin!
Sonu başlanğıcıdır
biz yaşadığımız dövr...

Era un murmullo aquel canto fúnebre.

Todo tiene que morir
todos tenemos un fin...

Una despedida era el murmullo.

¡No sufras por mí!

El fin es el comienzo
del ciclo que nos toca vivir...

Clarisa sería la única en escucharlos. En un sueño. Pero mucho tiempo después, cuando ella estuviera soñando muy lejos de aquel bosque donde iba germinando la fatalidad.

También pasaría mucho tiempo hasta que ella supiera que los togamogas habían existi-do y que aquel canto era una suma de últimos suspiros.

En minutos, lo que había sido un admirable reino hecho con frondas se redujo a un pára-mo tachonado de tocones y astillas.

Y planeando en lo alto, los pájaros debieron rendirse. No había nada más que hacer, salvo contemplar cómo los troncos, muchos agoni-zantes, otros ya sin vida, eran apilados. Unos sobre otros partían en los camiones rumbo a la fábrica de papel.

El bramido de las sierras, el trueno de los motores, el dolor de los árboles y sus suspiros

finales fueron reemplazados. Se impusieron el silencio, la pena de los pájaros y el recuerdo del último bosque de togamogas sobre la faz de la Tierra.

Pero quedaban las tres semillas.

Uno de los pájaros alcanzó a verlas desde allá arriba. Se lanzó en un vuelo decidido. Iba en su búsqueda.

Y escondidas en su buche, ese mismo ama-necer las tres semillas volaron lejos de los res-tos de la masacre.

¿A dónde las llevaría? El pájaro no lo sa-bía. Pero era consciente de que eran la última esperanza para que los fabulosos togamogas, quién sabe cuándo y dónde, resurgieran.

La única esperanza que tenía el bosque para dejar de ser un recuerdo...